

APROXIMACIONES AL CONCEPTO DE SOLIDARIDAD(*)

***Autora: Julia Romeo Cardone
Magister en Educación
Universidad de Chile***

RESUMEN

Una preocupación como la que se presenta constituye el fundamento de la necesidad de reponer, permanentemente, nuestras reflexiones acerca de los valores esenciales que conlleva un currículo en una escuela democrática. Se han precisado, para las primeras tres etapas del Programa DAECH (1999-2000; 2001-2002 y 2003-2004), respectivamente: la libertad, la participación y la solidaridad; ésta última corresponde al presente objeto de estudio.

El trabajo se sustenta sobre la base de estimar que cada día se hace más evidente señalar que, para seleccionar y organizar cultura legítimamente socializada, requerimos de impregnarnos de los conceptos, de los modos de proceder y de las actitudes que son susceptibles de reconocer en los educandos, con el propósito de proceder a intervenir constructivamente la cultura juvenil.

Los efectos del trabajo ya iniciado revelan una situación que se trasunta en la alerta frente a las posiciones de poder del sistema, las que suelen tener una fuerte presencia en la selección de los contenidos y objetivos de las prácticas pedagógicas cotidianas.

La existencia de la solidaridad se torna difícil en la sociedad actual, dado su carácter de creciente globalización, hipervalorización de la autonomía individual y acelerado cambio social.

Mientras más técnico y racional el aparato tecnológico, mayor es la política de decisiones hechas, circunstancia que esta-

ría determinando que el destino de grandes grupos humanos se concentre en unas pocas manos.

Max Weber (1964), adelantándose a la época, ya había señalado que mientras más racional y tecnológica llega a ser la administración de la sociedad moderna, más se depende de las decisiones que

* El artículo aquí referido corresponde a los antecedentes considerados para la publicación de un libro, de próxima aparición, al término de la investigación *El discurso de los adolescentes escolares chilenos acerca de la solidaridad*, correspondiente al Proyecto SOC 03/3-2, del Departamento de Investigaciones de la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo de la Universidad de Chile, cuyo equipo de trabajo lo constituyen: Julia Romeo Cardone y Mónica LLaña Mena, con colaboración de Christian Larotonda Dinardi, M. Angélica San Martín Espinoza y M. Isabel Corvalán Bustos.

toman unas cuantas personas; las mismas que, en un sentido liberal, dominan el destino de la totalidad.

Al parecer éste es uno de los aspectos más complejos del desarrollo tecnológico que caracteriza estos tiempos. Si pensamos que la tecnología es un medio para llegar a un fin, fin que no puede ser definido exclusivamente al interior de ese dominio, entonces, observamos que quienes optan por ciertos fines se ubican fuera de la tecnología, y que, pese a tener poder de decisión, no son expertos, o su conocimiento es superficial. Situación tan confusa y compleja que muchas tensiones las perciben como irracionales y, muchas veces, son stimadas como temibles. Sin embargo, la tecnología sigue en expansión y, como algunos señalan, "sin control", presentándose en posesión de una racionalidad casi absoluta; más aún, si se considera que el desarrollo tecnológico es un fenómeno que extiende su influencia a todos los sectores de la sociedad y en todos lo ámbitos de la existencia. No cabe duda que nos encontramos sumergidos en una cultura del consumo, cuya orientación impulsa al hombre hacia la posesión de bienes materiales, configurándose, así, de manera dominante, una visión particular del mundo centrada en el "tenemos", más que en el "somos".

Los estilos de comunicación para el consumo constituyen modos imaginistas de representación. Se presentan imágenes cada vez más aceleradas, más fragmentadas, apelándose más que a la respuesta racional y crítica, a la emotividad fácil. Los modos visuales de representación omnipresentes, en los actuales modos de vida, desfavorecen el pensamiento que se decanta a través de la lectura. Por tanto, los análisis, a partir de un texto escrito, que favorece una y otra revisión; una y otra interpretación, hasta en distintos momentos de la existencia, se desvanecen en la in-

mediatez de un presente, en la fugacidad de un evento no reasumible.

La generalización de esta estrategia, centrada en una extrema velocidad, en una fragmentación que se presenta en todo el campo de la cultura de las imágenes, puede significar que, quizás, ésta sea la forma que está tomando el pensamiento al borde del siglo XXI. Desde esta óptica, se sostiene que, entre sus múltiples connotaciones políticas, culturales y axiológicas, emerge el reto de cómo configurar una estrategia de sobrevivencia intelectual, para que el hombre se proteja de la manipulación y del control. ¿Cómo, entonces, favorecer, en este contexto, el desarrollo de valores morales?

El sólo hecho de estar instalados en una sociedad que reconoce como misión de sí misma, desarrollar una convivencia democrática, plantea entre sus desafíos la participación de la sociedad civil en la construcción del bien común. Tanto así, como precisa María Inés Wuth (2002), basándose en José Joaquín Brunner (1998), al señalar que no estamos ajenos a la angustia que provoca el suponer que es difícil que el hombre desarrolle plenamente sus facultades humanas, en un entorno de esta naturaleza. La quietud, la soledad -también- constituyen necesidades vitales y el hombre contemporáneo encuentra un medio saqueado, contaminado, no hallando sitio para la reflexión, para la paz, para las relaciones armónicas, para el compromiso con los otros, para el compromiso consigo mismo.

Es en este marco, donde emerge la preocupación por el desarrollo de la solidaridad, puesto que, por una parte, si bien la solidaridad entre sus miembros, sigue siendo un requisito fundamental, tanto para la existencia de la sociedad como también para el mantenimiento de la democracia

como forma de gobierno y estilo de vida (Center for Civic Education, 2001; Touraine, 2000) por otra, la valoración de la individualidad y su expresión en la exaltación de la competitividad y eficiencia individuales como criterios de adquisición de status; la autonomía individual en la toma de decisiones; el alto aprecio por la libre expresión de diferencias; y una consecuente normatividad que las premia, -todos ellos valores asociados a la modernización- atentan contra la práctica y la difusión de la solidaridad.

La solidaridad es un valor de gran significación en la concepción de la vida democrática moderna y, en consecuencia, uno de los que se espera que sea difundido y estimulado por el proceso educativo. Sin embargo, pese al reiterado uso retórico del término, existen ciertas condiciones organizacionales y culturales que dificultan la vigencia efectiva de la solidaridad y, por lo tanto, contribuyen a debilitar la cultura democrática.

La existencia de la solidaridad que más se destaca es aquélla que se da en esporádicos actos rituales masivos, con gran presencia de los medios de comunicación, en que la solidaridad termina apareciendo como un logro individual o corporativo-empresarial, que realza al individuo o empresa solidaria. Por ejemplo, la Teletón la ayuda a damnificados víctimas de desastres naturales (temporales, terremotos, incendios). Pero, ¿qué ocurre en la cotidianidad? El sentido de comunitarismo, característico de la solidaridad mecánica, tiende a rechazar la diferenciación y al diferente, pero la acelerada división del trabajo imperante y la rápida difusión de manifestaciones culturales, alternativas de todo tipo, que provienen de las más diversas sociedades del planeta, generan diversidad.

Ampliar el concepto de solidaridad al “di-

ferente”, no es el único problema; el sentimiento de solidaridad aparece también como difícilmente compatible con la exaltación del individualismo y la correspondiente competencia.

La hipertrofia del yo limita la potencialidad de los seres humanos para ser solidarios. Un yo hipertrofiado bloquea la internalización de valores, tradicionalmente asumidos por nuestra sociedad, que han sido transmitidos por las principales agencias de socialización a través de generaciones. Al respecto, el respeto a los ancianos, la frugalidad como forma de vida, las libertades humanas, las sanciones sociales a ofensas y descalificaciones, constituirían parte del ethos cultural que compartieron muchas generaciones. Este sería el fundamento para proponer, como forma de revertir los riesgos, que estas nuevas visiones de mundo entrañan para la sociedad, la comprensión del otro y sus apreciaciones del contexto, crucial garantía para desarrollar la solidaridad humana. (E. Morín, 1999).

Para este último autor existen, sin embargo, múltiples y graves obstáculos para lograr la comprensión del otro; entre ellos el egocentrismo, la autojustificación, los resentimientos y disvalores profundamente arraigados en la psiquis humana, pero no imposibles de superar.

Su superación implicaría el mejoramiento de las relaciones humanas en todos sus niveles. Se debería, y en este aspecto la educación es relevante, fomentar una ética de la comprensión que tendría relación con el arte de vivir, a través de la aceptación de las diferencias, argumentando y no estigmatizando al alter, contribuyendo así a la generación y conservación de un espíritu democrático, a la aceptación y respeto por opiniones divergentes.

Los jóvenes se ven enfrentados a estas contradicciones que no han sido adecuadamente abordadas, ni por la familia ni por el sistema educativo. Ante esa situación, ellos -los jóvenes- parecen encontrar los lazos comunitarios significativos de solidaridad, en los grupos de amigos más próximos, particularmente en los grupos de amigos extraescolares (Romeo, Llaña y Fernández, 2002). En tal contexto, la solidaridad con grupos formales intermedios o la sociedad nacional sería débil o inexistente; la solidaridad con los diferentes resultaría más un discurso declamatorio que una conducta real, pues los grupos de amigos son muy homogéneos.

El Consejo de Europa, en un informe para la Asamblea Parlamentaria, en 1996 (Council of Europe, 1996), en referencia a la juventud, tanto de la Europa Occidental como de la Europa del Este, sostiene que existiría una marginalización de la juventud europea, que se expresaría, entre otras manifestaciones, en una baja participación política, precariedad en el acceso y en la estabilidad del empleo, desvinculación entre sistema educativo y sistema productivo, inestabilidad de los vínculos familiares. El Consejo define a la juventud como:

“el período de paso de la dependencia a la independencia; por ejemplo, de la escuela al trabajo o de la familia al establecimiento de un nuevo hogar. En la mayoría de los casos, esto concierne a gente joven entre 15 y 25 años de edad. Esta transición puede tomar muchas formas.

Ocurren problemas de exclusión, cuando el proceso no es completo y la gente joven no es reintegrada a la sociedad. Este es el punto en el cual la gente joven falla en sentirse parte de la sociedad en la cual viven.

Se debería analizar esta sociedad de ma-

nera que se puedan analizar los problemas de integración” (Council of Europe, 1996, p.3).

En este informe europeo, la preocupación se centra principalmente en los problemas de la inserción laboral de la juventud. Ese problema también lo enfrentamos nosotros. Así podemos ver que, en Chile, la tasa de cesantía juvenil, tanto en épocas de alta como de baja cesantía, es el doble de la tasa general. Aunque nuestra investigación se refiere a los jóvenes que todavía están en el sistema escolar, la información anterior acerca de la juventud europea pareciera mostrar una cierta similitud de situaciones que obedecerían a una tendencia mundial generada por la globalización.

Como nos lo recuerda M^a Rosa Buxarrais (1998), la solidaridad es una actitud, valor o virtud aprendida y la educación para la solidaridad constituye una de las demandas de la formación moral que debería abordar el sistema educativo. Cumplir con esta tarea en el momento actual presenta muchas dificultades por el contexto social que predomina, aparte de los problemas propios de la educación en valores. Como se planteó de modo general en párrafos anteriores, la exaltación de la competencia y el individualismo que tienen una utilidad instrumental para alcanzar el éxito e, incluso, para meramente sobrevivir, choca con el discurso de la solidaridad, que aparece como muy idealista y poco pragmático. Sin embargo, puede observarse que el proceso de globalización genera ciertos intereses comunes, a partir de problemas que ella misma origina, y que hacen de la solidaridad una actitud también pragmática.

Autores como José Zabala de la Fuente (2003) acotan que muchos hombres de empresa han ido tomando conciencia de que la solidaridad tiene un sentido profun-

do, más allá que una caridad que suele practicarse esporádica y eventualmente. Esta situación permite sostener que, a pesar del individualismo, a pesar de la competencia agresiva que caracterizan nuestros tiempos, se ha empezado a observar actitudes de colaboración que aseguran un apoyo programático, una permanencia, un compromiso, al margen de los motivos que la inspiran.

Frente al tratamiento de este tópico, resurge una y otra vez su vínculo con la pobreza, al margen de todo enfoque que se relacione con la globalización. Los contextos particulares impregnan de un sello a cada sociedad, no siendo la nuestra una excepción.

En nuestro medio, ésta es un tema recurrente permanentemente. Para abreviar la historia, recordemos que a fines de los 80' también emergió una discusión, a nivel nacional, sobre cómo se manifestaba la pobreza en nuestro país: cuántos eran los pobres en Chile. Se habló de una cifra de 5.000.000. Después, más adelante, a través de la encuesta CASEN 2000, se sostuvo que se había observado una reducción significativa de ella, pero aún, en la actualidad, tenemos un alto número de pobres, afirmándose que no hemos aún reducido el porcentaje del 20% de la población total.

Las reflexiones vertidas al respecto, por el autor antes aludido, resultan impactantes; sobre todo, cuando recoge palabras de S.S. Juan Pablo II. Nos permitimos citar a Zabala (op. cit.):

“En su encíclica Sollicitudo rei socialis Juan Pablo II dice: “...es menester preguntarse si la triste realidad de hoy no sea, al menos, en parte, el resultado de una concepción demasiado limitada; es decir, prevalecientemente económica del desarrollo”. Y más adelante, en una dramática

advertencia sobre la necesidad de tener en cuenta la exigencia de la justicia, manifiesta que “no atender a dicha exigencia podría favorecer el surgir de una tentación de respuesta violenta por parte de las víctimas de la injusticia, como acontece al origen de muchas guerras. Las poblaciones excluidas de la distribución equitativa de los bienes, destinados en origen a todos, podrían preguntarse: ¿por qué no responder con la violencia a los que, en primer lugar, nos tratan con violencia?” (p.16)

De allí que empieza a cambiar no sólo el discurso, sino también las políticas y las prácticas para combatir la pobreza. El sólo levantar como principio que el crear riqueza implica “chorreo” empieza a vislumbrarse como insuficiente. Más aún, los predicamentos relativos a la limosna como purgación de vida, empiezan a reemplazarse por el concepto de Responsabilidad Social Empresarial (RSE), la que no se limita a los muros de una determinada empresa, sino al beneficio de toda la comunidad necesitada. Cada día se tiene mayor confianza en el desarrollo de una concepción que implique equilibrio entre crecimiento económico y redistribución. Por ello, la importancia de develar el pensamiento, el sentir y el actuar de las juventudes que dirigirán al país en los próximos decenios. De allí la indagación sobre el discurso de los adolescentes escolares chilenos, esperando recoger señales para poder contribuir, desde el currículo, a la presencia de una solidaridad.

Naturalmente, al mismo tiempo, se dan voces de preocupación y pesimismo. Es el caso, entre otros, de Jurjo Torres Santomé (julio, 2003), quien señala:

“Existe el peligro de poner el sistema educativo al servicio de la construcción de lo que podemos denominar como “sociedades posestado de bienestar”. Sociedades

regidas por filosofías egoístas que se pueden resumir en el lema “Sálvese quien pueda”. La actual reestructuración de la economía y de los derechos de la ciudadanía se acompaña de la producción de nuevas normas que generan que nuevos colectivos sociales tengan cada vez mayores posibilidades de exclusión, de quedar al margen del mercado y en situación de mayor privación sociocultural. Los mercados fomentan el espíritu emprendedor, pero no están interesados en una ciudadanía preocupada por todo lo que tiene que ver con la justicia y las responsabilidades sociales”.

Los establecimientos educacionales son una de las organizaciones en que la sociedad deposita la tarea de socializar a las nuevas generaciones, lo que incluye, entre otros, sensibilizarse y, hasta asumir, los modos de relacionarse que las diferentes culturas manifiestan. De la misma mane-

ra, las personas conformantes se impregnan de las lógicas que imperan en la sociedad de referencia y, naturalmente, se permeabilizan las valoraciones que develan el modo de ser de sus miembros.

Una acción como la descrita constituye el fundamento de la necesidad de reponer, permanentemente, nuestras reflexiones acerca de la libertad, la participación y la solidaridad, objeto de estudios del Programa DAECH^(*). Cada día se hace más evidente señalar que para seleccionar y organizar cultura legítimamente socializada, requerimos de impregnarnos de los conceptos, de los modos de proceder y de las actitudes que son susceptibles de reconocer en los educandos, con el propósito de proceder a intervenir constructivamente en la cultura juvenil, situación que se trasunta en la alerta frente a las posiciones de poder del sistema, las que suelen tener una fuerte presencia en la selección de los contenidos culturales.



(*) Programa de Investigación y Desarrollo del Dpto. de Educación, FACSOS, Universidad de Chile, el que se centra en el análisis e interpretación de los Discursos de los Adolescentes Escolares Chilenos, y en la extrapolación de sugerencias derivadas de estrategias cognitivas y socio-afectivas de aprendizajes, para unidades educativas del sistema escolar chileno.

En las indagaciones preliminares ya han aparecido los siguientes cruces de categorías, las que exponemos a modo de organización anticipada, para favorecer las diversas lecturas que emerjan de los discursos reunidos.

Nos parece interesante citar a Michel Anselme (1989) en estas aproximaciones que estamos realizando, puesto que este autor afirma que se reconocen cinco valores, de acuerdo a la humanización del hombre, especificando que:

“El conjunto de estos cinco valores constituye la única vía capaz de llevar al hombre a la hominidad y la especie a la humanidad”

Estos son:

- libertad
- equidad
- verdad
- solidaridad biológica
- solidaridad sociocultural.

Desde el punto de vista que a nosotros nos interesa, destacamos los dos últimos, vinculándolos con la obligación de favorecer

la conservación de los individuos, y con la obligación de contribuir al bien y progreso de la humanidad. Sin dejar de lado el valor de la equidad, relativo al respeto a los derechos de los demás.

Por tanto, preocupaciones tales como el favorecer la igualdad de oportunidades, el respeto a la vida y al entorno, la defensa y acción por el desarrollo del bien común, son algunos de los comportamientos que podrían aflorar del discurso de los adolescentes. Todos ellos, relacionándolos con el último cruce de ejes planteados corresponderían, a “*demarcaciones*” de espacios resultantes.

Otro teórico que nos parece destacable es Rokeach (1973), quien siempre está presente cuando se hace referencia a la distinción entre los valores, estimando la naturaleza o el sentido profundo de ellos. Estos se refieren a aquéllos que apuntan a los fines de las personas, pudiendo ser personales y sociales (*valores terminales*), y aquellos que representan los medios para conseguir los anteriores, clasificándose en *morales* y *aptitudinales*.

Entre los primeros, se reconocen a:

• una vida confortable	• armonía interna
• una vida excitante	• amor maduro
• sentido de realización	• seguridad nacional
• un mundo en paz	• placer
• un mundo de belleza	• salvación
• igualdad	• autoestima
• seguridad familiar	• reconocimiento social
• libertad	• amistad verdadera
• felicidad	• cordura

Para los efectos de este trabajo, se desea considerar el criterio de Milton Rokeach (op.cit.), en cuanto a su macro clasificación en: valores terminales y valores instrumentales, bajo el predicamento de estimar a la solidaridad, vinculada con una dimensión terminal, de fin en sí misma, y desde una dimensión instrumental, de medio. Es decir, en los planteamientos

esgrimidos como base de la elaboración de un cuestionario que se aplicó y se dará cuenta en otra instancia, se estructuraron los enunciados desde cuatro ángulos teóricos: intrapersonal, interpersonal, extrapersonal y transpersonal. Estos, a su vez, son resultados, también teóricos, de las fuerzas opuestas mencionadas: terminal e instrumental. Así resulta lo siguiente:

FIN

<p><i>Intrapersonal</i> (valores afectivo-psicológicos) valores morales individuales</p> <p>INSTRUMENTAL /FIN-INSTRUMENTAL/</p>	<p><i>Transpersonal</i> (valores anímico-espirituales) valores trascendentes</p> <p>TERMINAL /FIN TERMINAL/</p>
<p>INSTRUMENTAL /MEDIO-INSTRUMENTAL/</p> <p><i>Extrapersonal</i> (valores físico-vitales y/o valores ideo-racionales)</p> <p>valores vitales y/o utilitarios</p>	<p>TERMINAL /MEDIO-TERMINAL/</p> <p><i>Interpersonal</i> (valores socio-culturales)</p> <p>valores morales sociales</p>

MEDIO

El área de lo transpersonal correspondería a los valores trascendentes, siguiendo, aproximadamente, el criterio de Scheler (1937); el de lo extrapersonal, a los valores utilitarios, el de lo intrapersonal, a los morales individuales y el de lo interpersonal, a los morales sociales.

Desde el punto de vista de José María Quintana Cabanas (1998) podríamos situarnos en otro metalenguaje que, complementa los anteriores, pero pudiesen ser estimados como más pertinentes:

- valores físico-vitales
- valores afectivo-psicológicos
- valores socio-culturales
- valores ideo-racionales

- valores anímicos espirituales.

A nivel conceptual, consideramos la solidaridad un valor *físico-vital*, en la medida que se aceptan enunciados relativos al sentido de practicidad que involucra la solidaridad; es decir, con vinculaciones con una imagen social, una colaboración con efectos inmediatos para sí, una búsqueda de aceptación del entorno o, simplemente, con beneficio utilitario personal. Lo concebimos, en consecuencia, también, en esta misma óptica, como *ideo-racional*, en la medida que se intelectualiza, se justifica funcionalmente y se asume por un discernimiento centrado en algún tipo de conveniencia directa y, en ocasiones, hasta con efectos mensurables.

Lo consideramos un valor *afectivo-psicológico*, en la medida que se aceptan enunciados relativos al sentido de autoestima, autoseguridad, y posibilidades de sentirse “bueno”.

Lo consideramos un valor *socio-cultural*, en la medida que se aceptan enunciados relativos al sentido de justicia social, equidad, confraternidad, búsqueda del bien común, interés en el otro por sobre el sí mismo y sentido del “alter”.

Finalmente, consideramos a la solidaridad como valor *ánimico-espiritual*, en la medida que se aceptan los enunciados relativos al sentido de la cosmovisión que se sostiene, de la plenitud existencial, de la paz interior profunda, de la dignidad humana, del sentido de trascendencia, o de la religiosidad.

Esta aproximación constituye una primera reflexión sobre la investigación en curso, la que pretende dar cuenta de la concepción de solidaridad que es posible de identificar entre nuestros adolescentes. A partir de esos hallazgos, en consecuencia, se estimaría la posibilidad de decidir las estrategias cognitivas y socio-afectivas que compitieran a la solidaridad, para el afianzamiento de las actitudes derivadas que se hubiesen razonablemente consensuado en la comunidad educativa correspondiente.

BIBLIOGRAFÍA

1. ANSELME, M. (1989): *Après la morale, quelles valeurs?*, Privat, Toulouse.
2. BRUNNER, J.J. (1998): “Globalización cultural y postmodernidad”. F.C.E., Méjico-Santiago.
3. BUXARRAIS, M^a R. (1998): “Educar para la Solidaridad”. Organización de Estados Iberoamericanos. Programas. Educación en Valores, Sala de Lectura., pp.1-4. [INTERNET].
4. CENTER FOR CIVIC EDUCATION (2000): *An International Freamwork for Education in Democracy*. <http://www.civiced.org/>
5. COUNCIL OF EUROPE, PARLIAMEN-TARY ASSEMBLY (1996): *Situation of Young People in Europe: Marginalised youth*. Doc.7574. 6, June :3.
6. DURKHEIM, E. (1982): *La división del trabajo social*, Akal, Madrid.
7. MORÍN, E. (1999): *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), U.S.A.
8. QUINTANA C., J.M. (1998): *Pedagogía Axiológica. La educación ante los valores*, Dykinson, Madrid.
9. ROKEACH, M. (1973): *The Nature of Human Values*, The Free Press, New York.
10. ROMEO, J., LLAÑA, M. Y FERNÁNDEZ, F. Y COLABORADORES (2002): *PARTICIPACIÓN: ¿interacción o acatamiento?*. Departamento de Investigaciones y Desarrollo, Vicerrectoría de Asuntos Académicos, Universidad de Chile, Santiago.
11. SCHELER, M. (1937): *El saber y la cultura*, Cultura, Santiago de Chile.
12. TORRES SANTOMÉ, J. (2003): “Contexto sociocultural de la escolaridad”. *CUADERNOS DE PEDAGOGÍA*, Barcelona, 326 :20-24.
13. TOURAINE, A. (2000): *¿Podremos vivir juntos?*, Fondo de Cultura Económica, Bs. Aires.
14. WEBER, M. (1964): *Economía y Sociedad*, F.C.E., México.
15. WUTH, M. I. (2002): “La formación en valores en el contexto de la globalización” en *REVISTA DE CIENCIAS RELIGIOSAS*, Universidad Católica Raúl Silva Henríquez, Santiago de Chile, 1 y 2: 55-69

16. ZABALA DE LA FUENTE, J. 2003.
¿Superar LA POBREZA es, o no, prio-

ritario? , Impresión Quebecor World
Chile, S.A., Hogar de Cristo, Santiago.